

los días del primer prelado de Leon, sin que jamás la variedad de ellas hubiese alterado la admirable igualdad de su carácter, el cual era amable y sencillo, bondadoso, y de una ingenuidad y franqueza encantadoras. Nada más dulce y simpático que su trato; ninguna conversacion más agradable, más sembrada de oportunas y hermosas ideas que la suya. Enseñaba sin pretenderlo, y de sus labios se recogían siempre útiles y acertadas advertencias.

Desconocía la ociosidad y las vanas pompas con que suelen adornarse los palacios del mundo, pues su humildad pareció crecer de un modo extraordinario desde que lo ungieron Obispo. En sus habitaciones no había alfombra ninguna, y refiérese que cuando un rico propietario de Leon mandó ponerlas, aprovechando una ausencia del señor obispo, éste, á su regreso, las regaló á las iglesias más pobres del Obispado.

Inocentes y pacíficas eran sus costumbres, frugal y modestísima su mesa; cortas las horas que dedicaba al descanso; y en todo procedía siempre con una discrecion y delicadeza sin igual. A la juventud, como porcion más numerosa y escogida de su grey, miraba y trataba con una especial predileccion. Celoso de su instruccion, amante de ver á los jóvenes en una carrera feliz, y seguro de lo importante que era difundir entre ellos los preceptos de una sólida ciencia, los guiaba, los atendía, satisfacía sus necesidades, y les prodigaba con la más tierna solicitud los tesoros de un cariño verda-

deramente paternal. El Seminario de su Obispado era, sin duda, uno de los mejor atendidos de la República, pues la incansante vigilancia que sobre él ejercía el Sr. Sollano, era prenda segura del buen servicio de las cátedras y del crecido aprovechamiento de los alumnos.

La caridad era otro de los rasgos prominentes del señor Obispo. No contento con prodigar á su pueblo á toda hora y en todo tiempo los beneficios espirituales, se complacía en socorrer liberalmente á los pobres, quienes hallaban siempre abiertas las puertas de su corazon benévolo, y las de su casa. Dos veces al año, el 19 de Marzo y el Jueves Santo, hacia servir en su propia casa una espléndida y abundante comida á los huérfanos, á los necesitados y á los mendigos de la ciudad. En secreto, distribuía crecidas limosnas, y tenia destinadas, además, cantidades fijas para el sostenimiento de familias pobres y para el fomento de algunas instituciones piadosas. Uno de sus biógrafos ha dicho, con acierto, que "si la vida del Sr. Sollano era sóbria y sus costumbres sencillas, *era para tener más que dar.*"

V.

Quédame aún por decir algo acerca de los varios escritos dados á luz por el Ilmo. Sr. Obispo de Leon, y mencionar, siquiera sea ligeramente, las buenas obras hechas por él en su diócesis; las cuales fueron tantas y tan útiles que su relato parecería fabuloso en estos tiem-

pós de suma pobreza para la Iglesia, si no se supiera que el generoso Sr. Sollano había heredado de sus padres una cuantiosa fortuna. En efecto, esta dichosa circunstancia le permitió seguir más de una vez los impulsos de su corazón caritativo en favor de los pobres y de los necesitados de su grey, así como también de cuantas empresas é instituciones pudieran contribuir á su bienestar moral y físico. Pero de esto hablaré luego.

Además de la *Disertacion sobre la Concepcion Inmaculada de la Virgen María*, que antes he mencionado, el Sr. Sollano escribió diversos opúsculos, pastorales, etc., nutridos todos de la más alta enseñanza, y que revelan la extension y profundidad de los conocimientos que poseía. "La Teología y la Filosofía más elevadas—leo en unos apuntes—le eran familiares; conocía á fondo la Historia, sabía todo lo de México y fué muy aficionado á las ciencias exactas y á las naturales. Enseñaba el griego, hablaba el francés, entendía el inglés, y el latín era para él como su lengua nativa. A un talento de primer orden unía una memoria más admirable todavía; pero sobrepujaban á ambas la virtud y la santidad."

Durante el ejercicio de su profesorado en México, escribió el Sr. Sollano un tratado de física siguiendo á Pouillet, pues de tal pueden calificarse las numerosas y bien ordenadas anotaciones que hizo á la obra de este autor. Publicó igualmente un "Curso de Lógica," y así éste como el Tratado de Física, se estudiaron por mucho tiempo en varios colegios de la Re-

pública como obras de texto. Anteriormente á estos trabajos, había redactado varios periódicos, y recién ordenado de presbítero, ya colaboraba en *El Siglo XIX*.

Una de sus obras más famosas y que causó honda sensacion en la época en que salió á luz, fué su admirable folleto titulado: "Exposicion contra las Leyes de Reforma," verdadera gloria nacional que honraría á cualquier publicista, segun frase de un escritor, y en cuyas páginas no se sabe qué celebrar más, si la vigorosa é incontestable lógica de todos los raciocinios y deducciones, ó la magnífica y sólida enseñanza que en ellas se encierra. El Sr. Sollano supo describir con mano firme y estilo inspirado todos y cada uno de los ataques de que se hizo víctima á la Iglesia Católica en México, así como también la série de desdichas que á causa de aquellas se desatarían contra la nacion.

Sus "Cartas Pastorales," que ascendieron á veintidos, son notables por la copiosa doctrina de que están llenas, no ménos que por su estilo fácil y persuasivo, impregnado del suave perfume de la moral evangélica. Revelábase en sus palabras el pastor celoso y prudente, observador de la sociedad en que vive y que seguía con atenta mirada las tendencias del Gobierno y del pueblo. Con frases duces y cariñosas hacía eficaces advertencias á sus diocesanos, los instruía y los dirigía; disipaba sus dudas y vacilaciones, les infundía ánimo para la lucha y en todas ocasiones les daba con su vida elocuentes ejemplos de abnegacion, de piedad y también de patriotismo.

Su última obra fué la *Disquisitio Theologica*: en ella expuso el Sr. Sollano de una manera magistral el verdadero sentir de Santo Tomás sobre la Inmaculada Concepcion de la Virgen María; y aunque no me es dado manifestar mi opinion acerca de una obra tan elevada por carcer de la competente autoridad para juzgarla, diré que personas inteligentes la reputan como la produccion más acabada, digna de un verdadero sábio.

VI.

La instruccion y educacion de la juventud; la propagacion entre ella de las doctrinas de una sana filosofía; las buenas costumbres del pueblo, cuyo mejoramiento procuraba por medio de la predicacion y de las prácticas piadosas; la integridad y el respeto de la doctrina católica entre sus ovejas; el esplendor del culto divino: hé aquí los puntos que ocuparon siempre de un modo muy particular, como era debido, la atencion del señor Obispo. Convencido de que sin sacerdotes que lo auxiliaran en sus tareas, no podría lograr nunca la completa realizacion de sus propósitos, procuró rodearse en todas épocas de los más ilustrados y laboriosos que le era posible conseguir. Atraía á su lado á los jóvenes que mostraban verdadera y decidida vocacion á la carrera eclesiástica, cualesquiera que fuesen su clase y condicion: se hacía cargo de ellos, y les prodigaba, como ántes dije, los solícitos cuidados de un padre

tierno y cariñoso. Y con el fin de tener un establecimiento donde la juventud recibiera una educacion conforme á sus deseos, fundó y dió constituciones al Seminario, al cual proveyó de inteligentes catedráticos, de los libros y enseres mejores, y de los instrumentos que se necesitaban en los gabinetes de física, química é historia natural.

En ese establecimiento daba las cátedras de Griego, Lógica y Sagrada Escritura, turnando ésta per años con la de Disciplina Eclesiástica, para la cual escribió una obra de texto; y cuidaba de dicho plantel al par del señor Rector, presidiendo todas sus funciones literarias, desde los actos públicos, hasta las lecciones de refectorio.

Construyó también la Santa Iglesia Catedral, gastando en ella la considerable suma de doscientos mil pesos, y la cual es hoy uno de los templos más ricos y hermosos de la República por su vasta extension, adecuada al inmenso número de fieles que lo frecuentan, por el buen gusto que revelan los altares, el coro y las imágenes, y por el artístico conjunto, en fin, que presenta en su interior y en su exterior.

Además de esta admirable fábrica de la Catedral, que por sí sola es ya bastante para que en su diócesis sea perpetuamente bendecida su memoria, el Sr. Sollano levantó en diversos puntos *ciento diez* iglesias, cifra enorme y verdaderamente asombrosa, no sólo por referirse este hecho á una época en que las fundaciones piadosas son tan escasas, por no decir nulas, sino también porque fué una sola persona quien

ejecutó aquel, en un cortísimo número de años, diez y ocho, que fue on los que el Sr. Sollano permaneció al frente del Obispado. Apenas son concebibles los esfuerzos, la constancia, la abnegacion y los obstáculos que el infatigable prelado tendría que vencer para reunir los diversos y complicados elementos que lo condujeron á aquel admirable resultado.

Y creo que no será aventurado presumir que el señor Obispo de Leon, al proponerse y llevar á cabo la construccion de tan crecido número de iglesias, sería hostilizado con frecuencia por las autoridades políticas del lugar, quienes sin duda procurarían estorbar por mil medios este género de obras del Sr. Sollano. Mas debemos observar aquí que si ellas enaltecen á éste, son tambien un elogio para su pueblo, que secundando eficazmente á su prelado, dió elocuente testimonio de su piedad y de su fé.

Construida una iglesia, el infatigable Sr. Sollano procuraba con empeño proveerla inmediatamente de pastor que la sirviera, procediendo al hacer la designacion respectiva con aquella discrecion y prudencia que tan propias eran de su carácter. El señor Obispo sabía mejor que nadie cuántas y cuán singulares dotes se han menester para la cura de almas, ministerio sin duda el más importante en las poblaciones donde se ejerce; y de aquí que el Prelado de Leon se fijara siempre en sacerdotes de una virtud ejemplar, de suave y amable condicion, apropósito para establecer un comercio fácil entre ellos y el pueblo.

Singular penetracion tenía el Sr. Sollano pa-

ra hacer aquellas elecciones; pero á pesar de esto, él quiso establecer en su diócesis una costumbre que ofreciera mayores garantías de acierto; y fué, la apertura de un concurso para la provision de curatos. Dos veces se observó aquella práctica, y no es necesario decir que fué completo y satisfactorio el resultado.

Procuró siempre el Sr. Sollano con incansable afán, la instruccion religiosa y civil de la niñez desvalida perteneciente á la clase indígena, y en distintos pueblos de su diócesis fundó y sostuvo escuelas á donde aquella concurría.

VII.

La anterior enumeracion de las buenas obras del Sr. Sollano, así como otras que dejo de mencionar por no hacer más difuso este artículo, acreditan de un modo evidente la incesante dedicacion con que atendía al remedio de las necesidades espirituales y temporales de su pueblo; y así no debe extrañarnos que éste y el clero le profesasen una adhesion ilimitada y un cariño que tenía mucho de filial.

Si mal informado por los enemigos del señor Obispo hubo quien alguna vez dejase de quererlo y amarlo, deponía sus sentimientos hostiles al punto en que por cualquier motivo se acercaba á él y recibía sus miradas llenas de benevolencia y de paz. Refiérese que cierta ocasion, una persona desconocida solicitó hablarle en audiencia reservada, á lo cual el Sr. Sollano accedió inmediatamente, segun era su

costumbre. Solos ya los dos, el extraño visitante se arrojó á los piés del prelado, confesándole que su intencion y el encargo que traía era asesinarlo; pero que al contemplar su persona amable y simpática y al leer en sus ojos la dulce bondad de su alma, había comprendido la enormidad del delito que iba á cometer, y se arrepentía.—Lo demás que pasó entre ellos lo guarda la tumba del señor Obispo.

Siete visitas generales hizo el Sr. Sollano á su Obispado, é iba á concluir la octava, cuando la enfermedad que le llevó al sepulcro lo postró en el lecho. Sufrió los dolores que Dios mandó sobre él con mansa y humilde resignacion, y áun en medio de las molestias naturales que su mal le causaba, quería atender á las obras y ocupaciones que habían llenado su vida. El pueblo seguía con dolorosa ansiedad el curso de las dolencias de su amado Obispo, y éste espiró por fin el 7 de Junio de 1881, á las dos y cuarto de la madrugada. La mayor parte de los habitantes de la ciudad se pusieron en pié desde esas horas, y un inmenso gentío rodeó la casa episcopal. El pueblo desde entonces dice uno de sus biógrafos—“rodea su tumba, dando aquellas señales de veneracion, que segun leemos en la Historia Eclesiástica, se vieron en los sepulcros de los grandes santos, ántes de que fueran elevados á los altares. Su sepulcro jamás ha dejado de estar materialmente cubierto de flores, sin cesar renovadas. La lápida, que está al nivel del suelo, jamás ha sido pisada, ni en la mayor afluencia de gente, como en la misa de doce ó en las grandes so-

lemnidades. Desde un lugar elevado como el presbiterio, se nota perfectamente el cuadro donde está colocada, en medio de la ola del pueblo que ocupa la catedral. Dicha lápida está dentro del templo frente á la puerta mayor.” (1)

Tal fué el primer Obispo de Leon; pastor en quien resplandecieron las virtudes y las doctes de un verdadero apóstol que supo derramar el bien por todas partes con una prodigalidad casi sin ejemplo entre nosotros. Escuelas y colegios, iglesias y ejercicios piadosos, celo por la integridad de la doctrina católica, esplendor para el culto divino, asistencia á los desamparados y á los pobres, luz á los ignorantes, en todo se ocupaba, á todo atendía aquel humilde y laborioso prelado que merece llamarse con justicia el BORROMEIO MEXICANO.

Su memoria no se borrará nunca en aquella diócesis; y el Sr. Sollano será considerado en la posteridad, como lo es ya desde hoy, gloria y prez de la Iglesia Católica y de nuestra patria.

(1) Presb. D. Ramon Valle, en un artículo dedicado á la memoria del Sr. Sollano.

Para que se comprenda la suma veneracion y el tierno cariño que los fieles de la diócesis de Leon profesan á la memoria del que fué su primer prelado, véase el tesoro espiritual que fué ofrecido por los socios del Apostolado de la Oracion en sufragio del alma del Ilmo. Sr. Sollano, durante el tiempo que aquella Iglesia permaneció viuda.—Dias ofrecidos, 1,182. Misas celebradas ó oídas, 34,107. Comuniones Sacramentales, 43,355. Estaciones al Santísimo, 1,425,671. Oraciones y ejercicios piadosos, 1,665,779. Rosarios y viacrucis, 1,091,241. Mortificaciones, 41,601. Obras varias, 4,983,479. Todo forma un total de 9,248,218.